

UNA APROXIMACION A XOCHIPILLI

Por JUSTINO FERNÁNDEZ.

A Miguel León-Portilla.

Entre las principales esculturas que han llegado hasta nosotros procedentes de la antigua cultura náhuatl aposentada en Tenochtitlan se encuentra la muy conocida de *Xochipilli*, considerada como la imagen del dios de las flores. Proviene de Tlalmanalco, D. F. y se conserva en el Museo Nacional de Antropología, de México. Su rara belleza ha sido reconocida por cuantos han tenido la fortuna de contemplarla, sin embargo, nunca ha sido estudiada, que yo sepa, como merece una obra de arte tan extraordinaria. El primero en advertir su gran calidad fué Orozco y Berra, en el siglo pasado, al referirse a las obras de escultura en su *Historia antigua y de la Conquista de México* (T. I, p. 354). Pero el elogio que le hace depende de su concepto naturalista y académico del arte, pues precisamente la destaca como ejemplo de “adelantamiento”, en relación con otras obras que se presentaban a su vista como “bultos mitológicos... deformes e inartísticos”. Mas, añade: “Sin embargo, se encuentran objetos que revelan gran adelantamiento en el arte. La estatua sentada, en el Museo Nacional (seguramente se refiere a *Xochipilli*), si está lejos de sostener un paralelo con las obras griegas y romanas, ofrece lineamientos firmes, toques vigorosos, buen conocimiento de la anatomía humana.” (Véase el lugar de Orozco y Berra en la *Historia de las ideas estéticas*, en mi *Coaticue. Estética del Arte Indígena*. México, 1954.)

No es por el lado de semejanza o diferencias con el arte clásico griego y romano como debe juzgarse de la calidad artística de las obras escultóricas del antiguo mundo mexicano, puesto que se trata de ideales y expresiones distintos que deben ser considerados por sus valores estéticos propios.

La belleza de *Xochipilli* es a la vez delicada y dramática. Es una figura sedente labrada en piedra, de 79 cms. de altura, que se asienta en una base cúbica ricamente ornamentada de 43 cms. de alto y 60 cms. por lado (medidas aproximadas). Sus piernas cruzadas en forma de aspa terminan en las espléndidas tallas de los pies; los brazos están unidos al cuerpo, pero levanta las manos con una expresividad que se completa con la cabeza, vuelta hacia lo alto. Todo el cuerpo se adorna con flores y otras prendas; sus ojos debieron estar cubiertos con algún material precioso que daría un efecto distinto a la actitud de éxtasis, mas como se ven hoy día las oquedades contribuyen, tanto como el rictus de la boca, al gesto dramático. Las proporciones del conjunto, la composición y todo el labrado son de una belleza refinada. Esta combinación de delicadeza y dramatismo es típica de la escultura azteca y *Xochipilli* es un ejemplo excelente que muestra esos rasgos estéticos en su justa medida y en todo su esplendor.

Lo dicho se advierte casi a la primera mirada, pero no es todo lo que nos dice la escultura ni todo lo que se debe decir de ella. Intentaremos, pues, una aproximación. Al contemplarla más detenida y escrupulosamente va revelando una serie de intenciones y símbolos que pueden entregarnos el sentido que tiene la imagen. Desde luego hay que advertir que la base y la figura misma son dos piezas independientes, pero forman unidad indivisible tanto artística como conceptualmente.

La base se compone de dos cuerpos, en sentido horizontal. El primero tiene los lados hacia adentro, en forma de talud, es decir, como si fuera el arranque de una estructura piramidal, cuyo vértice queda virtualmente sobre la cabeza de la imagen. Este cuerpo se ornamenta con una faja resaltada, por cada lado del rectángulo, que lo limita por la parte superior, por los extremos laterales y por abajo, sólo que allí se suspende, en uno y otro lado, para "enroscarse" en líneas rectangulares y así forma un motivo que recuerda la greca, aunque puede asociarse también al símbolo de *calli*, *casa*, y aun quizá con los ojos de *Tlaloc*, dios de la lluvia, si bien estas asociaciones no se justifican del todo. Al centro, al interrumpirse la faja o banda, para formar las "volutas" rectangulares, cuelga un ornamento de perfiles zigzagueantes.

Sobre ese primer cuerpo se asienta el segundo, cuyo perfil tiene un sentido inverso del anterior, es decir, es más estrecho en su parte baja que en la alta y así, sugiere también la forma piramidal, sólo que invertida de manera que su vértice quedaría bien profundo en la tierra. Este segundo cuerpo resalta respecto de los planos del primero y es menos rígido en su geometría; al centro de cada uno de sus cuatro caras ostenta una gran flor, en cuya parte baja se encuentra, como libando en ella, una mariposa, de perfil, y su cabeza tiene un ojo y su hocico abierto y colmillos. Tiene también un pequeño brazo con garras y en conjunto recuerda el monstruo de la tierra, a *Tlaltecuhlli*, también *Cipactonal* o *Cipactonalli*. En uno de los lados se ven dos mariposas más, semejantes a la anterior, que se encuentran a uno y otro lado de la gran flor central y sobre de ellas corre una especie de cordón ondulado que forma ondas colgantes y sugiere un símbolo acuático. Por fin, en el extremo superior se ornamenta con una hilera de pequeños discos resaltados con un punto en su centro, como los que representan, en otros casos, símbolos solares. En otros lados de este cuerpo de la base en lugar de las mariposas laterales están cuatro discos o puntos, signos solares también.

Así, sobre esa base de dos cuerpos, rica y simbólicamente ornamentada, se asienta la imagen que, como se ha dicho, tiene las piernas cruzadas en forma de aspa. Está calzada con sandalias, con correas anudadas sobre el empeine y en los tobillos tiene una especie de "pulseras", quizá de cuero, de las que penden uñas de águila o de tigre, o bien quizá sean colmillos. Tiene pulseras en los puños y otras en los brazos a la altura de las axilas. Sobre los muslos y piernas resaltan cuatro tipos distintos de flores y otras tiene sobre los brazos y en los costados del cuerpo. Cubre sus partes pudendas con un *maxtle*, que ciñe también su cintura y pasa al centro de la región glútea. Sobre el pecho tiene un amplio cuello, quizá de cuero, del que penden también uñas de águila o de tigre, o tal vez colmillos, y al frente se encuentran dos círculos hundidos —que quizá tuvieron incrustaciones, acaso de obsidiana— y sobre de ellos resaltadas una especie de medias lunas. Otra pequeña oquedad al centro y al borde del cuello parece haber tenido alguna incrustación.

La cabeza es un elemento importante, no sólo por su actitud, o por su gesto, sino por todos los elementos simbólicos que la componen. En primer lugar está vuelta hacia lo alto y parece que allí dirige su mirada. Por desgracia la nariz está mutilada, pero ello no le resta expresividad. Tiene el rostro cubierto por una máscara bien ajustada y es perfectamente visible por debajo del maxilar inferior y perceptible en las oquedades de los ojos, que a su vez tuvieron incrustaciones de algún material precioso, tal vez de turquesa o de coral. Desde la frente cuelga hacia atrás un tocado, quizá de algodón, bordeado de plumas, que deja visibles las orejas, con sus orejeras de discos con punto al centro; le cubre por completo la parte posterior de la cabeza y la espalda, hasta un poco más arriba de la cintura. Visto por la parte posterior el tocado tiene una flor sobre la cabeza y de ella salen y penden, en relieve, tres colgajos que rematan en dos plumas cada uno formando una especie de borlas. Sobre la espalda, en el lienzo del tocado a los lados de los colgajos y sobre la cabeza, hay grupos de cuatro discos con puntos al centro y grupos de cuatro barras verticales, todos ellos con símbolos solares.

El conjunto de la escultura por entero es magistral. La base está en proporción adecuada para que la figura se asiente con aplomo y vista de frente el efecto de las piernas cruzadas en forma de aspa, las manos levantadas y el rostro en actitud de espectación o relación con lo alto, producen un efecto dramático y singular de rara belleza y de sabia armonía. Vista por uno de los lados, la escultura cobra mayor animación, si cabe, pues luce las buenas proporciones de su cuerpo joven, guarnecido de flores; el aplomo de la figura es perfecto y la posición de brazos y manos le dan una expresiva naturalidad. Toda la talla, en conjunto y en los detalles, tiene esa morbidez peculiar de la escultura azteca, pero no por lograr cierta suavidad pierde fuerza, antes al contrario la hace compacta, bien acabada, perfecta, atractiva y emocionante por demás.

Una vez prendidos por el hechizo del arte y anotadas todas las partes y detalles de la obra, el intento es, claro está, explicarse aquel conjunto de formas y símbolos. Nada más necesario en estos casos que recurrir a las fuentes escritas para ponerlas en relación con la escultura. Así, recurrimos en pri-

mera instancia a “los atavíos de los dioses”, en la nueva versión del Dr. Miguel León-Portilla, tomada de los textos de los informantes indígenas de Sahagún (*Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses*. México, 1958, p. 149), y que éste incluyó en su Historia. Dice así a propósito de *Xochipilli*:

Está teñido de rojo claro,
 lleva su afeite facial figurando llanto,
 su gorra con penacho de plumas de pájaro rojo.
 Tiene su bezote de piedras preciosas,
 su collar de piedras verdes.
 Sus tiras de papel puestas sobre el pecho.
 Su ropaje de orilla roja con que ciñe sus caderas.
 Sus campanillas, sus sandalias con flores.
 Su escudo con la insignia solar en mosaico de turquesas,
 de un lado lleva
 un bastón con remate de corazón y penacho de Quetzal.

La ilustración de la imagen no corresponde muy exactamente a la descripción del texto. En una nota León-Portilla traduce *Xochipilli* por “el príncipe de la flor”; nos remite a los atavíos de *Macuilxóchitl*, que tienen algún parecido con los de *Xochipilli*, y al himno en honor de éste, además, nos dice que representa también al sol naciente, el sol niño.

En la Historia General de Sahagún (Lib. I. Cap. XIV) se encuentra el texto referente a la fiesta de *Macuilxóchitl*, que “también se llamaba *Xochipilli*”; así mismo se incluyó, en “la astrología judiciaria” (Lib. IV. Cap. VII) lo relativo al signo cuarto: *Ce xochitl*, uno flor; por último, en los Cantares, o himnos rituales, hay uno dedicado a *Xochipilli* (Lib. II, Apéndice VI, 9). Para mejor lectura de este himno recurrimos a la nueva versión del Dr. Angel María Garibay K., en *Veinte Himnos Sacros de los Nahuas* (México, 1958, pp. 98 y sig.). De la revisión de todos esos textos, y de la traducción del Códice Florentino, por Anderson y Dibble (Lib. I, Cap. 14, pp. 13 y 14. Lib. IV, cap. 7, pp. 23 y sig.), tomamos algunas notas y la información general que de ellos se desprende, pero ninguno viene directamente en nuestro auxilio para encontrar una relación con nuestra escultura. Sabemos sí, que *Xochipilli* guarda una estrecha analogía con *Xippe Totec* y *Macuil Xóchitl* y aquí está en relación con *Xochiquetzal*, *Tlaloc*, con *Teteo Innan*, *Centéotl* y otros númenes. *Xochipilli*, *Macuil Xóchitl* y *Xippe Totec* parecen ser manifestaciones de una misma deidad, en todo caso, *Xochipilli* no sólo es “el príncipe flor”, sino el

sol naciente, el sol niño, el dios de la luz, de la vida, del juego, de la poesía y del arte; es, pues ante todo, un dios solar. El Dr. Alfonso Caso en *La religión de los aztecas* (México, 1936, p. 26), dice que es el “patrón de los bailes, de los juegos y del amor, y la representación del verano”, que “es más bien una deidad solar y su símbolo está formado por cuatro puntos que se llaman *tonallo* y significan el calor solar, pues es el dios que representa el verano. Se le reconoce porque está adornado con flores y mariposas, o bien por el bastón con un corazón ensartado, *yolotopilli*. Una deidad tan semejante a él que quizá sólo es el nombre calendárico del mismo dios, es *Macuilxóchitl* «5, Flor», patrono de los juegos, los bailes y los deportes”.

Jacques Soustelle en su trabajo sobre *La pensée cosmologique des anciens mexicains* (París, 1940, pp. 40 y 88) dice, basándose en el himno a *Xochiquetzal* en que se menciona el llanto de *Piltzintecutli* cuando buscaba a *Xochiquetzal*, raptada a *Tlaloc* por *Tezcatlipoca*, que *Piltzintecutli*, “sacerdote o servidor de dios (*tlamacazqui*), que la llora, no es otro que *Xochipilli*, el compañero y doble masculino de la diosa. . . La analogía con el mito greco-latino de Proserpina es del todo sorprendente”. Y más adelante añade: “*Xochipilli* «el príncipe de las flores» compañero de la diosa *Xochiquetzal*, es un dios de las flores, de la vegetación tierna, del amor, idéntico a *Macuilxóchitl* y a *Piltzintecutli*”.

Por último, entre los poemas de Tenochtitlán que el Dr. Garibay incluyó en la sección de Poesía lírica, en su *Historia de la Literatura Náhuatl* (México, 1953. T. I, pp. 182 y 183), hay uno que con bastante razón considera el ilustre historiador, a lo menos en su primera parte, como “una sagrada oda al dios de la alegría, de la música y de toda belleza: *Xochipilli*, por sus nombres calendáricos, 1-Flor, *Ce Xochitl*, o 5-Flor, *Macuil xochitl*, y en su realidad el mismo sol, en su aspecto de dador de la vida y de la alegría que al vivir acompaña. El hermoso “Príncipe joven”, *Piltzintecutli*, es el que luce en el mundo y luce en el alma. Dice así el poema completo:

Cantos festivos, pintura de flores
viene soltando, viene desplegando: ¡oído!
Tiene entre mariposas y en el musgo acuático su casa
entre luces canta y llega.

Sobre luminoso sitial está erguida la Flor:
sólo flores esparce su canto. ¡Haya placer!

Floridas flautas resuenan en su casa:
allí es esperado El: hay gozo, se canta al son de trompetas
hay felicidad allí.

En casa de zapote enflorado
adornada con flores acuáticas
estás colocado:

¡en asiento de florido zapote estás puesto, oh padre nuestro!

¡Tu roja flor que huele a maíz tostado,
estás abriendo la corola aquí en México:

en ti beben la miel brillante mariposas de la tierra!

en ti beben la miel las aves, como águilas que vuelan.

¡Cual sol de oro brilla tu mansión tornasol de zapote.

tu casa está entre flores acuáticas de jade:

tú en Anáhuac imperas!

Se esparcen flores, suenan cascabeles:

es tu atabal, oh príncipe.

Tu eres roja flor de pluma:

abriendo estás la corola aquí en México.

Estás dando fragancia en el mundo:

sobre los hombres se difunde.

Una esmeralda cayó al suelo,

nació una flor: ¡tu canto!

¡Cuando entonas tus cantos aquí en México,

el sol dura brillando!

En este poema sí que encontramos una relación directa con la imagen de *Xochipilli* labrada en piedra, veamos:

1. Tiene su casa en el musgo acuático, entre mariposas.
(Recuérdese el cuerpo superior de la base de la escultura.)
2. Sobre un sitial luminoso está erguida la Flor.
(Corresponde a la figura sobre la base o sitial en que se encuentra; quizá los discos al borde del sitial sean a la vez objetos preciosos de jade y símbolos solares.)
3. En casa de zapote, adornada con flores acuáticas.
(Recuérdese el segundo cuerpo de la base, adornado con grandes flores: ... en asiento de florido zapote estás puesto...!)
4. En ti beben la miel brillante mariposas de la tierra.
(Recuérdense las mariposas del segundo cuerpo de la base y especialmente las que se encuentran sobre las grandes flores centrales de cada uno de los cuatro lados; además, las mariposas en la escultura recuerdan por sus hocicos y garras al monstruo de la tierra.)
5. Tu casa está entre flores acuáticas de jade.

(Nueva alusión a las formas que aparecen en la base de la escultura.)

6. Cuando entonas tus cantos... el sol dura brillando.
(¿Responderá el gesto de la boca de *Xochipilli* a que esté entonando algún canto? En todo caso la mirada a lo alto parece prolongar su momentánea actitud, más allá.)

Recapitulemos. En el plano de la realidad física fenoménica *Xochipilli* es el sol naciente, por tanto en estrecha relación con la tierra, especialmente en el horizonte, allí donde la tierra aparece como musgosa y húmeda, pero llena de vida, vegetal y animal.

Así, no sorprende que en el plano del mito se le concibiera como el sol niño, como un hombre joven, con el cuerpo teñido de color rojo claro, adornado con flores y mariposas, con los cuatro puntos como su símbolo, *tonallo*, puesto que significa el calor solar, con su escudo con la insignia solar en una mano y en la otra con un bastón con un corazón ensartado, *yolotopilli*, y penacho de plumas de quetzal. Estos últimos distintivos tampoco sorprenden, pues siendo el príncipe de las flores, lo es también de los corazones humanos ofrecidos en el sacrificio a los dioses. Por esta razón son objetos preciosos las plumas de Quetzal, las flores y los corazones, lo más exquisito, lo supremo, junto con los cantos, que podían ofrecer los aztecas a sus dioses y que *Xochipilli* ostenta como sus posesiones.

Ahora bien, en el plano religioso parece natural que *Xochipilli* fuera el dios de la luz, de la vida, del placer, del amor, del juego —sobre todo ritual, el de pelota por excelencia, con todas sus significaciones— de la vegetación tierna, de los alimentos abundantes, de la música, los bailes, la alegría, la poesía y del arte en general, además de ser la representación del verano.

Xochipilli era, en suma, una deidad benéfica, como lo es el sol y señoreaba todos los aspectos amables y felices de la existencia.

Mas volvamos a la escultura, que quizá puede enriquecer la visión que ya tenemos del príncipe de las flores. Si la imaginamos pintada de rojo y con su escudo en una mano y su bastón en la otra, con los toques verdes que tendrían los puntos o discos solares, con las flores de su cuerpo de vivos co-

lores y con los ojos incrustados con turquesas y el pecho con discos de obsidiana, no cabe duda que nos resultaría más sorprendente, pero no es seguro que nos gustara más. Tal como hoy se encuentra tiene toda la fuerza emocionante de una obra de arte verdadera, estática sólo en parte, porque las manos le dan una vivacidad interesante y el rostro una dramática expresión. No puede pasar inadvertida la forma de aspa que componen sus piernas cruzadas y, seguramente, no es casual, por el contrario es bien intencionada y puede relacionarse con las cuatro direcciones, o bien ser una alusión a *Xippe Totec*, especialmente al rito que consistía en atar a una víctima a unos maderos en forma de aspa también y sacrificarla a flechazos, para que su sangre regara la tierra. No hay que olvidar que *Xippe Totec* es el dios de la primavera y que *Xochipilli* representa el verano. Que se represente con forma humana conviene a la concepción de "el príncipe de las flores" y que sea una figura sedente concuerda bien con la imagen del sol naciente, asentado todavía sobre la tierra y resplandeciente sobre la tierra y la vida. Todos los demás símbolos convienen también a la concepción general de "el príncipe de las flores", salvo tres de ellos.

Primero, las uñas en las tobilleras y colgantes del cuello; si son de águila pueden relacionarse con el sol y asimismo, de alguna manera, si son de tigre; por otra parte si son dientes o colmillos quizá tengan relación con *Tlaloc*; en todo caso, son símbolos solares o bien se refieren a la lluvia y ambos aspectos convienen a *Xochipilli*.

Segundo, los dos grandes discos sobre el pecho, que pueden ser signos solares y quizá otros dos queden en su espalda, sólo que invisibles por estar cubiertos por el tocado que cuelga casi hasta la cintura.

Tercero, la máscara con que cubre su rostro que, a mi juicio, puede tener relación con la tierra, si recuerda uno a *Teteu Innan*, "la del rostro de máscara", la madre de los dioses. Si mi interpretación es correcta, conviene al concepto del sol naciente, porque todavía no se desprende de la tierra, todavía no muestra limpio del todo su rostro esplendoroso; también el concepto del sol niño asocia la idea de la madre, de quien aún depende.

Por último, el gesto de la máscara tiene tensión dramática y cierta ternura, pues la mirada está pendiente de algo "más

allá”, que parece mirar fijamente y, como ya se dijo, prolonga su ser y así el sol dura brillando; el gesto de la boca tensa horizontalmente y con los labios un poco entreabiertos sugiere cierto esfuerzo de elevación, quizá un canto que fuese al mismo tiempo una plegaria a los dioses para hacer su curso celeste libremente. En cuanto al llanto de *Xochipilli* a que se refiere el himno a *Xochiquetzal*, queda en la escultura oculto bajo la máscara; no está representado ese momento en la imagen; por otra parte, quizá el llanto del príncipe de las flores tenga el significado de la lluvia cuando brilla el sol; es una conjetura, pero no creo que descabellada.

De sobra sé que para a'gunos cuanto digo, o parte de ello, les resultará “literatura”, invenciones, fantasías, sin embargo necesitaría uno ser un asno inconvencible para no hacer asociaciones de ideas que parten de signos identificados y que convienen con el todo como contextos y redondean el sentido. En todo caso no todos podemos darnos el lujo de imaginar. Y en justicia hay que convenir en que los aztecas tuvieron gran imaginación para dar forma ideal, por medio de los mitos a su concepción del universo, y para dar forma concreta, corpórea y sensible en el arte a sus concepciones. El “príncipe de las flores” y la interpretación que aquí le he dado me parece que encajan bien en la filosofía náhuatl de “flor y canto”, que nos ha revelado León-Portilla recientemente.

El antiguo mundo indígena mexicano fué de pasmosa originalidad para concebir y crear en el arte las imágenes de sus dioses, que en conjunto son su imagen del Universo, que dio sentido a su existencia. Concebir al sol naciente como sentado en la tierra y como un príncipe de la bondad, es original, y darle forma a tal concepción en una bellísima, tierna y dramática imagen escultórica es una hazaña artística del más alto nivel poético y estético.

OBRAS CONSULTADAS

1. ANDERSON, ARTUR J. O. y CHARLES E. DIBBLE: *Florentine Codex*. Pub. by The School of American Research and The University of Utah. Santa Fe, New Mexico. Book 1, 1950; Books 4 and 5, 1957.
2. CASO, ALFONSO: *La Religión de los Aztecas*. Enciclopedia Ilustrada Mexicana. México, 1936.

3. CASO, ALFONSO: *El Pueblo del Sol*. Figuras de Miguel Covarrubias. Fondo de Cultura Económica. México [1953].
4. FERNÁNDEZ, JUSTINO: *Coalicue*. Estética del Arte Indígena Antiguo. Prólogo de Samuel Ramos. Centro de Estudios Filosóficos, 1954. [México, U. N. A. M.]
5. GARIBAY K. ANGEL MARÍA: *Historia de la Literatura Náhuatl*. Biblioteca Porrúa, 1. Editorial Porrúa, S. A. México, 1953, 2 vols.
6. GARIBAY K. ANGEL MARÍA: *Veinte Himnos Sacros de los Náhuas*. Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl. Informantes de Sahagún, 2. México, 1958. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Historia. Seminario de Cultura Náhuatl.
7. LEÓN-PORTILLA, MIGUEL: *Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses*. Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl. Informantes de Sahagún, 1. México, 1958. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Historia. Seminario de Cultura Náhuatl.
8. LEÓN-PORTILLA, MIGUEL: *La Filosofía Náhuatl*. Estudiada en sus Fuentes. Prólogo de Angel María Garibay K. México, 1956. Instituto Indigenista Interamericano (2ª edic. UNAM, 1959).
9. SAHAGÚN, FR. BERNARDINO DE: *Historia General de las cosas de la Nueva España*. Edic. de Angel María Garibay K., t. I. México, 1956. Editorial Porrúa, S. A.
10. SOUSTELLE, JACQUES: *La Pensée Cosmologique des Anciens Mexicains*. París, 1950. Hermann & Cie., Editeurs.
11. SOUSTELLE, JACQUES: *La vie quotidienne des Aztèques*. Paris [1955]. Librairie Hachette.





FIG. 1. *Xochipilli*. Escultura Azteca. Museo Nacional de Antropología, México.



FIG. 2. *Xochipilli*. Escultura azteca. Museo Nacional de Antropología, Méx. (Foto E. Vargas Lugo.)



FIG. 3. Cabeza de *Xochipilli*. Nótese la máscara. (Foto E. Vargas Lugo.)



FIG. 4. Xochipilli. Vista lateral. (Foto E. Vargas Lugo.)



FIG. 5. *Xochipilli*. Vista posterior. (Foto E. Vargas Lugo.)

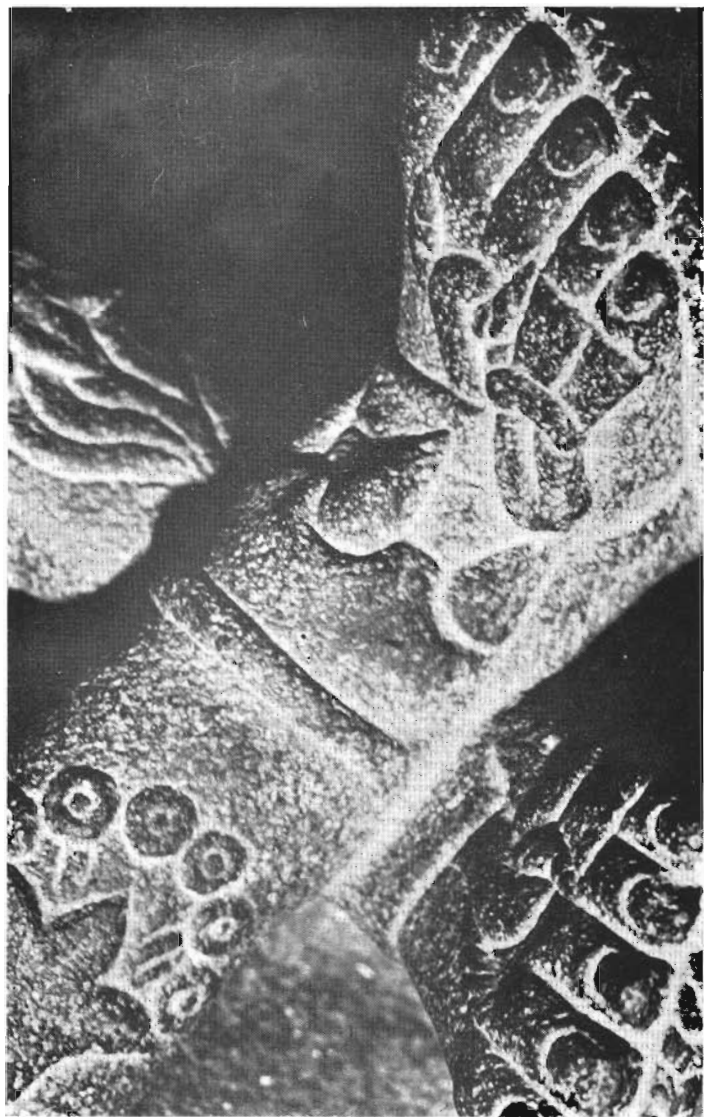


FIG. 6. Xochipilli. Detalle de los pies. (Foto E. Vargas Lugo.)